

si el Sr. Benjumea no lo toma á mal, censurándonos por lo pedestre y algo bromista de la expresion, podemos llamar *gato encerrado*.

Lo dicho es cuanto por ahora tenemos que decir sobre tan importante asunto.

LOS MISERABLES.

PRIMERA PARTE.—FANTINA.—POR VICTOR HUGO.

I.

Habíamos pensado no dar noticia ni hablar en nuestro periódico sino de las obras españolas; pero hay autores que, no sólo por su mérito real, sino por la nacion á que pertenecen, y por la lengua en que escriben, y por otra multitud de circunstancias, tienen el privilegio de alborotar el universo mundo con cada libro que publican, y de que no haya quien no los lea y quien no se apasione y exalte, ora en pró, ora en contra. Víctor Hugo es uno de los autores que más en alto grado goza de este privilegio. Se le dan, no sólo su indisputable y poderoso ingenio, su fecundidad y su originalidad, sino tambien la buena dicha de estar hoy y de haber estado en otra época á

la cabeza de un partido revolucionario, donde el entusiasmo y el espíritu de propaganda son más activos, y donde el encomio hiperbólico y pomposo se prodiga con abundancia. Víctor Hugo fué en otra época el gran maestro del romanticismo, uno de los corifeos de aquella revolución literaria; y sus *Orientales*, sus *Cantos del Crepúsculo*, sus *Baladas*, su *Nuestra Señora de París*, su *Cromwell*, su *Lucrecia Borgia*, su *Angelo*, su *El Rey se divierte*, y otras creaciones por el estilo, casi se puede afirmar que hicieron las delicias del género humano, durante los pocos años que duró la fiebre romántica. Pasada esta fiebre, hasta los más cortos y poco críticos lectores llegaron á descubrir en la poesía y en la prosa de Víctor Hugo tantas extravagancias y tanto *amaneramiento* de escuela, que Lamartine, Béranger y hasta Musset, Barbier y otros poetas pudieron ser y fueron tenidos en Francia por tan buenos ó mejores poetas que Víctor Hugo; y Mérimée, Sand, Sandeau, Balzac y otra multitud, que sería prolijo enumerar aquí, por mejores novelistas y prosistas.

Pero el *genio* de Víctor Hugo era menester que se adelantase de nuevo al de los demás autores sus compatriotas, y para ello quiso la suerte que el apasionado y extraño autor de *Nuestra Señora de París* viniese á transformarse, por una larga serie de casos y de evoluciones, en un demócrata, republicano y humanitario, un tanto cuanto socialista. Hubo de ocurrir asimismo que la democracia y el socialismo, despues de un breve y turbulento reinado, fuesen vencidos en Francia, y que se entronizara en aquella nación un César, que la

privó de libertad, pero que le dió orden y sosiego interior y gloria y preponderancia entre las naciones extrañas, y que fatalmente tuvo que realizar ó propender al menos á que se realizasen muchas de las ideas y aspiraciones de aquellos mismos á quienes había vencido, y en cuyo vencimiento había afirmado su trono. Napoleón III humilló la revolución; pero fué para servirle á ella llevando á buen término con más tino, reposo y calma de los que suele emplear la revolución misma. Pero de este servicio, que los reaccionarios no perdonan ni perdonarán jamás á Napoleón III, no hacen mérito los revolucionarios, creyéndole hijo de la irresistible condición de las cosas humanas y del todo independiente de la voluntad del César. Así es que muchos, y singularmente Víctor Hugo, le aborrecen de muerte como á déspota y á tirano, y califican el golpe de Estado del 2 de Diciembre de traición espantosa é inicua, y no quieren volver á la patria ni aceptar la amnistía, sino cuando la libertad vuelva con ellos. No contento Víctor Hugo de mostrar esta severidad catoniana, ha querido y procurado ser el Juvenal y el Tácito del nuevo imperio, y ha escrito un tomo de prosa, titulado *Napoleón el Pequeño*, y otro de poesía, titulado *Castigos*, donde, según vulgarmente se dice, se ha despachado á su gusto, cargando de insultos y denuesos como á tirano, al mismo á quien insultan con no menor procacidad los reaccionarios como á demagogo.

Esta conducta política de Víctor Hugo, y los escritos á que ha dado lugar, han tenido siempre fija la atención de Europa, y vueltos hácia él los ojos, y em-

belesadas las almas de los hombres del más vehemente de los partidos políticos; partido que se dilata y echa raíces en todos los pueblos, pero que tiene su centro en Francia, donde ha de empezar su triunfo, ó donde han de remacharse los eslabones de la cadena, que acorta y reprime el atrevido vuelo á sus aspiraciones de dominio.

El poeta expatriado, el terrible censor y estigmatizador del Bonaparte que en Francia impera, fué desde entonces, y sigue siendo cada dia más considerado como un grande adalid, como un glorioso santo padre de la democracia. Todas sus obras, todas sus palabras son leídas ó escuchadas con veneracion, y casi con idolatría. La hermosura y la grandeza de sus producciones se magnifican y ensalzan: las rarezas, lunares y *excentricidades*, que tambien hay en ellas, pasan asimismo entre los demócratas por ocurrencias divinas, por *el non plus ultra* del arte, por el último grado de sublimidad á donde puede remontarse un poeta.

El mismo carácter *apostólico* de que han investido á Víctor Hugo sus correligionarios, y el alto pedestal sobre que le han puesto, han sobrecitado su cerebro, le han hecho descubrir más anchos horizontes, le han dado más briosa inspiracion, y le han prestado originalidad nueva, notándose en sus obras recientes, algo de más colosal y giganteo, así en lo bueno como en lo malo, así en lo hermoso como en lo grotesco, así en lo elegante y artístico, como en lo desatinado y falto de orden.

Una cosa extraña á primera vista, pero que no lo es

si bien se considera, puede advertirse en las obras recientes de Víctor Hugo, á saber: que si no son intachables en punto á religion y á moral, hay poco que tachar en ellas, sobre todo comparándolas con las obras de su primer período, cuando sólo era romántico, y no era *apóstol* todavía. La tendencia de las obras recientes, es revolucionaria, es democrática, es hasta si se quiere socialista; pero léjos de contradecir el dogma católico y la moral cristiana, Víctor Hugo los acepta y confiesa, y trata de sublimarlos y de apoyar en ellos sus ideas políticas y sociales, más ó menos erróneas. Nos parece, pues, exagerado y absurdo el sostener, como han sostenido algunos, á propósito de *Los Misérables*, que el mismísimo demonio ha tenido mucho que hacer y dictar en este libro. Las ideas morales y religiosas de *Los Misérables* son buenas: los errores de *Los Misérables* son de un orden inferior y meramente humano, y no hay para qué suponer, si no es como figura retórica que el demonio ha tenido arte ni parte en estos errores. Lo que sí hay en Víctor Hugo es un encanto extraordinario de estilo, que presta magia á los asuntos de que trata; asuntos que agitan hoy profundamente todos los espíritus y que nunca fuéron tratados tan bien en libros de entretenimiento. Eugenio Sue, el más famoso de los novelistas del socialismo, tiene un estilo de cocinera. Víctor Hugo, con menos inventiva que Eugenio Sue, es un gran escritor, á pesar de todos sus defectos; es un egregio poeta, á pesar de todas sus singularidades.

Fuerza es convenir en que estas singularidades

abundan á veces más de lo justo en sus obras; pero *Los Miserables*, aunque no están libres de ellas, no cuentan tantas como otros escritos suyos. Nuestro poeta se puede decir que llegó en *Las leyendas de los siglos* al último extremo de la extravagancia; y que despues ha retrocedido y se ha puesto en *Los Miserables* más en consonancia con el sentido vulgar ó comun al vulgo de los hombres.

En el que escribe este artículo produjo muy notable impresion la lectura de *Las leyendas de los siglos*, obra que salió á luz dos ó tres años há, excitándole á escribir á un amigo lo que vamos á trasladar aquí ahora. Para comprender á Víctor Hugo, si no bien, tal como nosotros le comprendemos, y para estimar *Los Miserables* en lo que deben ser estimados, importa dar previamente una ligera noticia de las mencionadas *Leyendas*. Cuando aparecieron, decíamos, pues, lo siguiente:

«Quiero encumbrarme, quiero tener el empuje y el resuello de una locomotiva y la voz estrepitosa del Niágara y de las tempestades; quiero para mi estilo el cárdeno resplandor del relámpago y los colores del iris y las llamaradas del infierno, y quiero para mi palabra toda la fuerza *teúrgica*, cabalística y evocatoria del *tetragrámaton*. Quiero hablarte de un libro francés que nos ha vuelto medio locos á todos los habitantes de Madrid; de un libro que va á hacer ó que ya está haciendo una revolucion *palingenésiaca* en la literatura; de un poema titánico, cósmico, infernal y celestial, que no es, á pesar de todo, sino el preludio de otro poema insondable é infinito, junto al cual han de mos-

trarse más insignificantes y pequeños que una copla de fandango el Ramayana y el Mahabarata. Quiero hablarte, en suma, de *Las leyendas de los siglos*, de Víctor Hugo.

¡Válgame Dios qué poema! ¡qué borrachera! Los versos, segun el ruido que hacen y lo calientes que vienen, parecen forjados en la fragua de los ciclopes, cuando

*Tres imbris torti radios, tres alitis Austri
Miscabant operæ, flammisque sequacibus iras.*

El asunto es todo lo creado y lo increado; la accion, todo lo que pasa y ha de pasar; el tiempo, la eternidad; el lugar, el espacio infinito, y lo que habria si pudiésemos sustraer el espacio: los personajes, Dios, el género humano, los diablos, la luz, las tinieblas, las peñas, los astros, las flores, los cerdos, los asnos, etc.; que todos tienen voz y voto, y hacen un papel muy importante en este aquelarre estupendo.

Se trata en este aquelarre de todas las ciencias, antiguas y modernas, descubiertas y ocultas. Contiene en cifra este poema cuanto se sabe y cuanto se ignora: fisica, metafisica, política, economia social, lingüística, mágia,

Botánica, blason, cosmogonia,
Sacra, profana, universal historia,
Cuanto puede hacinar la fantasia,
En concebir delirios eminente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1920 1625 MONTERREY, MEXICO

Empieza el poema con una serenata que da la Creación á Eva, para felicitarla porque *está de esperanzas*, como dicen los portugueses, y termina con una mano negra, de un tamaño inconmensurable, que sale de lo más enmarañado y hondo de los abismos, y va á agarrar la trompeta del juicio y á tocar en ella la diana de los muertos. Entonces cae el telon. Ya se entiende que la trompeta del juicio (Dios nos le dé á todos), no es una bagatela. Nuestro sol se podría disparar por su hueco como una almequina que dispara un chico por un cañuto. Imagínate qué nene sería el ángel que iba ya á tocarla, y que sin duda se la podría colgar de la cadena del reloj, como nosotros nos colgamos un dije ó un brinquillo.

Mas no sólo el susodicho clarín, sino todo es colosal en este poema. Hay un leon que se merienda una ciudad entera con sus ciudadanos y con sus muros ciclópeos; hay un ojo que persigue á Cain, y unas gotitas de sangre que caen sobre la túnica de nieve de un rey parricida, que verdaderamente pasman; hay un Roldán que mata él solo á diez furibundos y descomedidos jayanes, infantes de Galicia, y á casi todos los gallegos que habia entonces en el mundo; hay un sapo lleno de virtudes y de talento, aunque feo, cuyo martirio interesa más que el de las once mil vírgenes; hay un burro de corazón nobilísimo, junto al cual Platon y Sócrates son dos galopines; y hay, finalmente, un sátiro muy lascivo, que anda persiguiendo siempre á las ninfas, y á quien Hércules lleva al Olimpo, agarrado de una oreja. El sátiro, como el Sr. de Madureira, can-

ta en presencia de los dioses. Y canta del origen de las cosas y del progreso de ellas y de la gloriosa ascension de la humanidad hácia el bien. El espíritu se va desenvolviendo en el sátiro al compás de sus canciones, y domina á la materia y á los demás espíritus que le rodean.

*Tum vero in numerum faunosque ferasque videres
Ludere, tum rigidas motare cacumina quercus.*

De repente el sátiro se hincha, se prolonga, se ensancha, se hunde, se eleva, y se dilata de un modo inconcebible, ó poco menos. Las cerdas se le convierten en bosques primitivos, y los ojos en estrellas de primera magnitud; le salen de no sé dónde todas las aguas del mar y de los rios;

.....se rasca de lobos y de osos
como de piojos los..... humanos;

y por el dedo meñique se le pasean caravanas y tribus enteras. Sus lunares y berrugas son el Himalaya y los Andes. En resolución, el sátiro abre la boca, y le caben en la boca todas las deidades, y se las traga, y ocupa con el cuerpo los espacios infinitos, y embebe en sí al universo, y no queda nada más que él. Él es la inteligencia y la materia; él es tú, y yo, y aquel, y el de más allá, y él es todo, porque es el gran Pan, que todo lo encierra, y que todo lo confunde y unimisma. Esto no se aviene, que digamos, con lo de la trompeta

del juicio y demás creencias de buen cristiano que hay en el poema. ¡ Léele y verás qué pesadilla! Mis breves palabras no son siquiera un mal trazado rasguño del tal poemazo.»

Tal, en nuestro sentir, era y es el poema titulado *Las leyendas de los siglos*. En *Los Miserables* ha dicho el poeta *paulo minora canamus*; pero la filosofía de la nueva obra está de acuerdo con la filosofía de la antigua, si bien es más práctica la de la nueva, y está más al alcance de todos. La obra nueva lleva, con todo, una ventaja á la antigua. No hay en la obra nueva ni una sola palabra, ni un solo pensamiento, por donde pueda Víctor Hugo ser acusado de panteísta: apenas si hay algo por donde se traluzca que Víctor Hugo sea racionalista, que no esté muy firme en la fe católica, que no sea un sincero creyente. Por el contrario, los héroes más héroes de la novela son dos figuras cristianas: un santo prelado lleno de caridad y resplandeciente de otras virtudes evangélicas, y un pecador arrepenido y penitente, que hace sobrehumanos y maravillosos esfuerzos para limpiar su alma de la mancha del pecado. La intención religiosa de *Los Miserables* no puede, por lo tanto, censurarse, y menos aún la intención moral. Que el obispo reparta todos sus bienes con los pobres; que su ferviente caridad se extienda, como la de San Francisco de Asís, hasta sobre los hombres más abyectos y hasta sobre las criaturas más perversas y feas, moral ó físicamente consideradas, no creemos que sean novedades diabólicas que deban asustar á los buenos católicos. San Francisco de Asís no

fué sólo caritativo con los hombres de mal vivir, sino hasta con los lobos, convirtiéndole á uno y poniéndole en libertad, si bien exigiéndole previamente que no hiciese daño en lo sucesivo. El carácter y la conducta del obispo que Víctor Hugo nos retrata en *Los Miserables* están, pues, de acuerdo con el ideal cristiano; y como no se puede decir que Víctor Hugo impone como precepto, sino que presenta sólo como modelo y dechado de perfección las acciones de monseñor Bienvenido, no acertamos á comprender qué razón haya por este lado para decir que *Los Miserables* son obra del demonio. Si exigiera Víctor Hugo que todos los obispos fuesen tan generosos, humildes y desprendidos como el que nos traza, ya se podría sospechar que procuraba hacer una sátira contra los que no se acercan á tal extremo de generosidad, de largueza y de mansedumbre. Pero Víctor Hugo debe conocer, y conoce, que la naturaleza no es tan fecunda en hombres ejemplares y en varones bienaventurados, y no pretende que haya en la cristiandad tantos monseñores Bienvenidos como preladados hay. Los afectos encendidos de puro amor hácia todas las criaturas, que muestra el obispo de la novela, sólo pueden ser tildados de extravagancia y de *sensiblería* por los hombres profanos, mas no por los místicos al uso, que presumen de amorosos y de llenos de caridad. Santos que veneramos en los altares, y que interceden por nosotros en el cielo, han tenido familiaridad con las más ínfimas criaturas, y han manifestado cariño á perros y á cerdos y á asnos, y han llamado hermanos á los pájaros, á los peces, y á otros seres más es-

túpidos é inferiores, considerándolos á todos como á obras de Dios, como á hijos de nuestro Padre que está en el cielo. Y esto no puede ni debe ser ridículo sino para la gente de mundo, descreída y volteriana; para las almas creyentes, apasionadas y místicas esto es sublime. La piedad y conmiseración de monseñor Bienvenido al ver una monstruosa y deforme araña, indican una exaltación de caridad del todo conforme con el suavísimo espíritu de nuestra religión divina.

Y siendo cierto, como lo es, que, por el amor de Dios, de acuerdo con la nobilísima y amorosa doctrina del Evangelio, y siguiendo é imitando á los santos más perfectos que ha habido, podemos y aún debemos, si el fuego de la caridad es capaz de tanto en nuestros corazones, difundir su afecto hasta sobre las más indignas criaturas, no se ha de negar que podemos asimismo difundirle sobre los pecadores; ni se ha de abominar de que el obispo dé hospitalidad á un presidiario y le sienta á su mesa. Cristo habló con pecadores y con malas mujeres, como la Samaritana, y murió al lado de un ladrón, é hizo que este ladrón fuese el primero á quien se le abriesen las puertas del paraíso, dándole hospitalidad en su casa, como al presidiario Juan Valjean se la dió monseñor Bienvenido en la suya.

De nada de esto, ni de otros muchos casos, accidentes y discursos de la novela titulada *Los Miserables*, pueden pasmarse y asustarse sino aquellas personas que han fantaseado, sin malicia y sin conciencia, un cristianismo cómodo, que creen que debe servirles como de medio para intimidar á las clases menesterosas

y tenerlas á raya, y calmar en ellas la avaricia, la envidia y otras malas pasiones, aguzadas por la miseria, conteniéndolas con el freno de las penas eternas del otro mundo.

Por dicha, el cristianismo no es esto; el cristianismo no es una arma de los que tienen contra los que no tienen; el cristianismo no ha venido sólo á favorecer á los unos, para que no sean vencidos y robados por los otros; el cristianismo ha venido á declarar que unos y otros son hermanos, y á poner paz y amor entre ellos, en vez de guerra y discordia. La naturaleza humana, por decaída y pervertida que esté, no reconoce al temor como única rémora que la detiene en la pendiente por donde la arrastran la codicia y el deseo de goces materiales, y el triste y vergonzoso pesar que suelen causarle el bien y la prosperidad ajenos.

Porque Víctor Hugo escriba una novela llena de sentimientos caritativos y de piedad profunda hácia los desvalidos, ignorantes y menesterosos, no hay, pues, razón suficiente para acusarle de socialista.

Entremos, con todo, en un exámen detenido de *Los Miserables*, narremos en resúmen brevísimo el argumento de su primera parte, titulada *Fantina*, y veamos dónde están los errores, si los hay, que no lo negamos. Sólo negamos que estos errores tengan la trascendencia, la enormidad, la ponzoña agudísima que en ellos descubren ó creen descubrir algunos espíritus timoratos.

II.

Hemos tratado de probar en el anterior artículo que no hay nada de inmoral ni de irreligioso en *Los Misérables*, y que la primera de las cinco novelas que han de formar esta *pentalogía* está escrita por un estilo admirable, que seduce y deslumbra, y que pone á cubierto muchas faltas literarias. Ahora tenemos que confesar que estas faltas son á veces tan garrafales que bien pueden pasar por solemnes desatinos.

La novela de *Fantina*, ni por los caracteres, ni por la acción, vale más que la peor novela de Eugenio Sue ó de Ayguals de Izco. Sólo vale más por el primor, por el arte con que está escrita. Pero á pesar de este escaso valer, no puede el crítico dejar de hablar de esta novela, porque así los amigos como los enemigos políticos de Victor Hugo conspiran á hacerla popular y famosa, ponderándola unos como si fuese un apéndice del Evangelio, y excomulgándola otros como si estuviese escrita por Lucifer en persona.

Pena y vergüenza sentimos al decirlo; pero la aparición de *Fantina* en esta villa y córte ha sido un gran acontecimiento. Los neo-católicos clamaban porque se prohibiera, los demócratas hacían ditirambos en su alabanza, y los hombres del justo medio la compraban y la leían.

Hasta en el púlpito se ha hablado ya de *Fantina*, haciéndose de ella el asunto de todo un sermón. En Madrid, donde hay apenas quien lea, y mucho menos

quien compre un libro en castellano, se han vendido multitud de ejemplares de *Fantina*, y el público los ha devorado con ánsia, imaginando tal individuo que iba á hallar en su lectura el medio de acabar con todos los abusos y los males de la sociedad presente, y recelando otros que tenían entre las manos una máquina infernal, muy á propósito para echar por tierra el altar y el trono, la propiedad y la familia, y todos los códigos civiles y criminales.

Extraño parecerá lo que vamos á decir; pero nos aflige que *Fantina* no sea nada de esto. Quisiéramos que hombres de la fama y del talento de Victor Hugo tratasen de resolver las más temerosas cuestiones sociales. Si erraban, como sería más que posible, otros enmendarian su yerro, y algo aprenderíamos nosotros, los curiosos y aficionados á leer. Mas ¿qué hemos de aprender en *Fantina* ni en las impugnaciones de *Fantina*? Sólo la insignificancia y la inutilidad de este cuento para lo que ahora, con palabra bárbara é híbrida, se llama *sociología*. Este cuento, sin embargo, entretiene y hasta conmueve, gracias á la magia con que está escrito, á sus arranques sentimentales, á sus aventuras extraordinarias y absurdas, y también acaso á su misma celebridad, que le circunda de una cénica y refulgente aureola, si es demócrata quien le lee, ó le presta cierto olorillo á betun, pez y azufre, envolviéndole en llamas azuladas y verdinegras, si quien le lee es neo ó algo por el mismo orden.

Para nosotros, que no somos neos ni demócratas, *Fantina* no está ni en el infierno ni en la gloria: *Fan-*

tina está en el limbo. Quien lee este cuento sin prevención, no saca de su lectura sino perder tiempo y distraerse un poco: lo que se saca de la mayor parte de los cuentos.

En este de que tratamos hay, á decir verdad, dos acciones, que se enlazan un poco, si bien pudieran no estar enlazadas. Pero ¿que más puede desear el lector que hallarse con dos cuentos enteramente distintos cuando no pensaba leer más que uno?

Cada una de las dos acciones tiene su héroe, y (¡cosa rara!) el que da título á la novela es el menos importante, el más episódico. El héroe principal, el protagonista de la primera parte de *Los Miserables* es Juan Valjean. El autor, sin embargo, titula su cuento *Fantina*, y así empezaremos, antes de todo, por hablar de *Fantina*.

Prepárese el lector á oír una série de lances, que privados por nosotros del encanto que sabe darles Víctor Hugo, y referidos en compendio y de prisa, van á parecer un diluvio de disparates.

Cuatro estudiantes de París, amigos todos y regocijados, tienen sendas enamoradas, segun es uso en aquella universidad y en otras. Una de estas enamoradas es *Fantina*. Las otras tres consideran sus amores, como suelen considerarlos las *grisettas* todas, como una diversion, como un pasatiempo, y hasta como un oficio. Sólo á *Fantina* se le ha antojado tomar sus amores por lo sério, y está derretida por su estudiante, que es un grandísimo truhan.

El retrato de la romántica y tierna *Fantina* es muy

poético y hermoso. Hasta aquí nada tenemos que censurar al poeta. Convenimos, con los que condenan la literatura del día, en que no es lo comun que las pasiones nobles y los sentimientos delicados vayan á refugiarse en el corazon de las mujeres perdidas; pero no es imposible que en él se refugien, y hasta tenemos por poco cristiano y por poco caritativo á quien entiendo otra cosa. Marion de Lorme y la Dama de las Camelias han tenido sus predecesoras en Manon Lescaut y en la doña Esperanza de Meneses de *La Tia fingida*. Mujeres bienaventuradas hubo, como Santa Tais, Santa María Egipciaca y otras, que llegaron á la más sublime altura de la perfeccion desde la sima más honda de los vicios. No se culpe, pues, á Víctor Hugo, porque ponga tesoros de inocencia, de honradez y de ternura en el corazon de una *grisetta*.

Fantina, á pesar de estos tesoros, es abandonada por su amante, quien la deja con una hija pequeñuela, fruto de sus amores. *Fantina* ama á su hija con delirio. Quiere criarla, consagrarse á ella y ser mujer honrada. Pero aquí entran las dificultades para ser mujer honrada, dificultades que exagera Víctor Hugo, y aquí entran las tonterías é inexplicables ridiculeces que hace *Fantina*, y que han menester de todo el talento de Víctor Hugo, para que el lector se las perdone.

Una mujer jóven, lindísima, de buen carácter y virtuosa, salvo su falta con el estudiante, no halla en París en qué emplearse para ganar honradamente la vida. Primer fenómeno extraordinario.

Esta mujer quiere irse á su villa natal para trabajar allí, y quiere confiar á su hija á alguna persona que se la crie, porque con la hija nadie querrá recibirla ni para trabajar en un taller, ni como criada de servicio. Pero (segundo fenómeno extraordinario) Fantina, que ha vivido en Paris por lo menos más de dos años, en amores con el estudiante, y que debe conocer á otros estudiantes, á porteros y á porteras, y á *grisettas*, y, en suma, á muchísima gente, no encuentra ó no busca en todo Paris un sujeto de confianza á quien entregar á su hija, dándole una suma al mes para su manutención. Esto no se explica sino suponiendo ó que Fantina era tonta, ó que todos los habitantes de Paris son unos verdaderos *miserables*, de quienes nadie se puede fiar.

Algo de esto debía ser, puesto que Fantina carga con su hija á cuestas, y se va para su lugar, unos ratos á pié y otros andando. En medio del camino, ve parada á la puerta de un meson ó venta, á la ventera con sus chicos, y Fantina se decide á dejar allí el suyo. Ella que no habia hallado á quien dejársele en todo Paris, determina abandonársele á una ventera, á una mujer á quien no conoce, y que, segun todas las apariencias, es una archi bribona. El ventero no le va en zaga, ni disimula su bribonería, mostrándose interesado y sin entrañas: pero Fantina no se percata de ello, y abandona á su niña en poder de aquellos cafres. Esto no tiene sentido comun.

Fantina llega á su lugar y se pone á trabajar en una fábrica de azabache falso. Es de advertir que Fantina, aunque algo demacrada, sigue siendo hermosa como

un cielo, con un pelo rubio como el oro y unos dientes como perlas orientales. Además es modesta, trabajadora, humilde y dulce de carácter. Su única falta es la de haber sido querida del estudiante. Casi todo lo que gana se lo envia á los venteros para que su niña esté como una princesita, y los venteros la roban, y tratan muy mal á aquel ángel. La buena madre sigue siendo tonta, y no cae en la cuenta de nada de esto.

Hasta ahora, por más que el curioso lector se haga ojos, no acertará á descubrir donde está aquí ni lo anti-social, ni lo social, ni qué culpa, ni qué mérito adquiere la sociedad en que vivimos de que haya una mujer que haga todas las cosas al revés de como se hacen, y de que esta mujer tenga la desgracia de no dar sino con la canalla más abominable del mundo, empezando por el estudiante, que lo mismo se acuerda de su hija y se cura de ella, que de los hijos del Zebedeo.

Pero ya va á empezar lo más trágico. En la fábrica hay una vieja beata, muy curiosa y maldiciente, que viene á descubrir que Fantina envia mucho dinero para mantener una hija natural suya. La directora de las mujeres de la fábrica despide á Fantina por su inmoralidad. Esto podrá suceder ó haber sucedido alguna vez: pero no es probable que suceda. Ni en Francia, ni en España, ni en pueblo alguno, se ha llevado jamás la pudibundez hasta ese extremo. Por otra parte, si al descubrir que Fantina era madre, se descubria en ella una falta; al descubrir el afán y la constancia con que sustentaba á su hija, se descubria en ella una virtud, que la hacia acreedora á todo respeto.

El dueño de la fábrica, que era un hombre caritativo, benévolo y virtuoso, y tenía fama de tal, no llega á saber nada de esto. Fantina incurre en la inexplicable necesidad de no acudir á él, contándole su vida, y haciéndole ver que no había razón para que la echasen de la fábrica.

Ya fuera de ella, no halla nuestra infelicísima heroína medio alguno de ganar dinero que baste á sus cortas necesidades. Los venteros siguen saqueándola, y ella sin comprenderlo. No hay alma piadosa que socorra desinteresadamente á esta linda y santa muchacha. ¡Qué gente tan perversa debe de ser la de Francia! dirá cualquiera al leer esto. ¡Qué gente! dirá cualquiera al leer las horribles privaciones que padece Fantina. Al cabo, la pobre, desesperada, aburrida y como por vía de distracción (¡bonita distracción!) toma un amante á quien no ama, que es rudo y bestial, y que le sacude bien el polvo. Esto ya es monstruoso. ¿Para qué este amante? Si Fantina era delicada y tenía nobles sentimientos, no debía entregarse á nadie, y mucho menos sin la excusa de una pasión; y si sus sentimientos no eran tan sublimes, nos parece que hubiera debido buscar amigo más decente, que, en vez de apalearla, la diera para mantener á su niña. Con este amante inmotivado y por distracción, despoja Víctor Hugo á su heroína del interés que había sabido prestarle, á pesar de lo absurdo de la historia, y hace más absurdos é imposibles los lances que despues suceden.

A Fantina le falta otra vez dinero para mantener á su niña, y vende por unos cuantos maravedís su her-

mosísimo pelo rubio. Pero esto no es nada para lo que viene en seguida. Fantina, pelona ya, vuelve á encontrarse sin un cuarto, y los venteros piden cuarenta francos para la niña. Por lo visto, en toda su tierra natal no tenía ella ni prima, ni tía, ni tío, ni parientes ni amigo, ni conocido que se los diese ó se los prestase. No había un alma caritativa que se interesase por su juventud, por su belleza ó por su amor de madre, ó al menos que anhelase suplantar al brutal amante que ella había tomado por distracción y que la apaleaba. En este apuro, pasa por el lugar un sacamuelas ambulante, que, si bien Víctor Hugo no lo dice, nosotros sospechamos que debía de ser el mismísimo diablo. Nosotros sabemos poquísimo ó nada de *odontotécnica*, ó dígase del arte de hacer dientes postizos; pero siempre habíamos creído que estos se hacían, no de dientes humanos, sino de otras materias. Sin embargo, el sacamuelas y fabricante de dientes de Víctor Hugo, sacaba los dientes á los pobres para ponérselos á los ricos. Ve á Fantina, se admira de sus hermosísimos dientes, y le ofrece los cuarenta francos justos, que á ella le hacían falta, por los dos dientes de delante de su mandíbula superior. Tan bárbaro ofrecimiento se hace á voces, con el mayor descaro, en medio de la plaza pública, y nadie tiene qué censurar ni qué condenar en el sacamuelas. Si Fantina há menester cuarenta francos y no tiene otro medio de propocionárselos, que se saque los dientes y el alma: nada más natural. Tal parece ser la reflexión que hacen los que están presentes á la proposición del contrato. En esto

Victor Hugo no ha podido tener la intencion de censurar á la sociedad, sino á los individuos. Victor Hugo ha levantado una calumnia al género humano. Estamos seguros de que en la aldea más pobre y de gente más feroz, si un sacamuélas viniese á hacer proposicion semejante á una linda muchacha, el pueblo se alborotaria, socorreria á la muchacha para que no tuviese que quedarse mellada, y hartaria de mogicones al sacamuélas, quitándole á él lo que él queria quitar á la otra. Pero en la novela de Victor Hugo no sucede nada de esto, y Fantina se deja arrancar sus dientes, como una cordera. Pelona ya y mellada, á fuerza de virtud, ¿qué cosa más natural que echarse á mujer pública? Alguien pensará que mejor hubiera sido guardar el pelo y los dientes para entrar en dicho oficio; pero Fantina discurria de otro modo ó no discurria. Sin pelo, sin dientes y recorriendo las calles, tenemos ya á la pobre Fantina. El poeta nos la ha convertido en la *traviata de las traviatas*, y la ha sumido en el más hondo abismo de la degradacion. Para que nada le falte, para que sea, como suele decirse, miel sobre hojuelas, Fantina, la pobre Fantina, se da á la bebida, se aficiona al aguardiente, se hace borracha. Aquella jóven tan pudorosa, tan candorosa, tan buena, tan bonita, se convierte en la más inmunda de las mujeres que andan por las callejuelas. Involuntariamente se nos viene á la memoria el espantoso epigrama de Catulo, y se le aplicamos á Fantina:

*Illa Fantina quam Victor Hugus unam
Plus quam se, atque suos amabit omnes,*

*Nunc in quadrivitiis et angiportis,
G.... magnanimos Breni nepotes.*

En efecto, á veces se nos antoja que esta Fantina es la personificacion, la alegoría de la musa de Victor Hugo que, de extravagancia en extravagancia, ha venido á caer en el lodo y á revolcarse en él con deleite, haciendo tales inmundicias.

Ya en tal estado de miseria, pues la pobre Fantina no ganaria mucho pelona y sin dientes, un señorito la ofende de una manera tan cruel, que ella olvida su ordinaria mansedumbre, y le pega y le araña *coram populo*. Un polizone, el Sr. Javert, que, como verémos más tarde, hace un papel importantísimo en el cuento, presencia esta escena, y receta á la pobre Fantina seis meses de prision, por haberse desmandado. En España, ¿qué decimos en España? en cualquiera punto del mundo real, todos los circunstancias hubieran dado la razon á Fantina, hubieran aplaudido su brio, hubieran celebrado su justa venganza, la hubieran dejado libre ó la hubieran dado una ligera correccion, y se hubieran reido del señorito insolente y sin entrañas. En la novela es menester que Fantina sea condenada á seis meses de prision, y Fantina es condenada.

Por dicha, el amo de la fábrica de azabache falso, único hombre de razon y de caridad que por lo visto habia en aquel pueblo, y que era alcalde, acierta á pasar por allí, se entera de todo y pone en libertad á Fantina: pero la infeliz está ya casi moribunda; la tisis, enfermedad de moda y recurso dramático para matar

á las *traviatas*, consume á esta de quien contamos la lastimosa historia.

Entonces el amo de la fábrica, el varon justo y penitente de la novela, se lleva á Fantina á uno como hospital que tiene en su casa. Ella cuenta su vida al varon justo, y casi venimos á averiguar que era una santa, víctima de la sociedad ó de la tontería.

El varon justo quiere hacer venir á la niña de Fantina, que sigue en la venta, pasando las penas derramadas; pero los venteros, como ven que las remesas de metálico menudean, gracias á la generosidad del varon justo, no sueltan al angelito. Así es que, mientras estamos entre si viene ó si no viene, Fantina se va al otro mundo, en olor de santidad, dejando muy edificadas y consoladas á las madres ó hermanas de la Caridad que la asistian.

Tal es en resúmen la historia de Fantina, pobre de invencion y llena de mostruosos disparates; pero contada con talento extraordinario.

Ahora hablaremos de la verdadera ó principal accion de la novela, de la vida y milagros del presidiario Juan Valjean que, arrepentido de sus pecados, se convierte en gran filántropo, fabricante y varon justo, y que saca á Fantina de la perdicion en que se hallaba, y logra que tenga un tránsito apacible, cuando no glorioso, á otra vida mejor; lo cual no era mucho encarecimiento para ella por lo perverso y rematadamente malo de la que habia vivido.

En todo lo que dejamos apuntado, volvemos á repetir que hay más extravagancia que espíritu ó miras

anti-sociales. El libro de *Los Miserables*, más que romper las costumbres ó difundir el socialismo, lo que podrá corromper será el buen gusto literario, y lo que podrá difundir será la manía de escribir disparates que, escritos sin el talento de Victor Hugo, no tendrán la menor disculpa, ni el atractivo más pequeño.

Ya hablaremos en otro artículo de Juan Valjean, y ya volveremos á hablar de su protector el obispo.

III.

Casi estamos arrepentidos de haber empleado tanto tiempo y tantas columnas de nuestro periódico en hablar de *Lso Miserables*, habiendo en España no pocos libros nuevos, de los cuales, ni nosotros, ni ningun periódico diario ha dado circunstanciada noticia, y sobre los cuales tal vez no se ha publicado ni una gacetilla siquiera. Ni de la *Munda Pompeyana*, de los Sres. Oliver, ni de la *Historia de la literatura española*, del Sr. D. José Amador de los Rios, ni del *Madrid antiguo*, del señor Mesonero Romanos, ni de la *Historia parlamentaria*, del Sr. Rico y Amat, ni de *La China y las potencias cristianas*, del Sr. Mas, ni de otros muchos libros, así de instruccion como de entretenimiento, que han escrito y publicado recientemente autores españoles, ha habido crítico alguno que trate; pero en cambio, todos, *doctique*, *indoctique*, hablamos de *Los Miserables*, de Victor Hugo.

Nosotros, arrastrados por la corriente, hemos dado tal vez á este libro más importancia de la que merece